

ASPECTOS GENERALES DE LA DINÁMICA DE LA CULTURA EN CENTROAMÉRICA



*Rafael Cuevas Molina**

Centroamérica es un territorio entre mares y continentes. Es, por lo tanto, un istmo y un puente. Como istmo, comunica —o separa— los dos más grandes océanos de la Tierra: el Océano Pacífico y el Océano Atlántico. Como puente enlaza la América del Norte con la América del Sur. Su naturaleza y su historia han estado marcadas por esta doble condición. Desde que surgió del océano primigenio hace miles de años, una cadena montañosa volcánica la atraviesa de Norte a Sur como una gigantesca columna vertebral, creando a sus costados dos vertientes que mueren en el mar como planicies. Ubicada en una zona subtropical del mundo, se caracteriza por tener una enorme variedad de

Profesor-investigador del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA) de la Universidad Nacional de Costa Rica. Dirige la Maestría en Estudios Latinoamericanos (POSLATINO) de ese Instituto. Magíster en Historia por la Universidad de Costa Rica. Realiza estudios de doctorado en la misma especialidad en la Universidad de La Habana. El presente trabajo es una versión de la conferencia que dictó, el 5 de octubre del 2002, en la Universidad de Estocolmo, Suecia.

microclimas determinados, la mayoría de las veces, por la cambiante topografía. En lo alto de las sierras y de los conos volcánicos (que llegan a sumar más de cien) prevalecen las temperaturas bajas, que pueden llegar al punto de congelación en las noches y las madrugadas de diciembre y enero, mientras en las costas el calor, muchas veces sofocante, puede llegar a alcanzar los 35°C.

Este estrecho territorio posee la cuarta parte de la biodiversidad del planeta y sus tierras son fértiles, abonadas por las constantes erupciones volcánicas que han cubierto la tierra durante miles de años. Originalmente, un extenso manto vegetal cubrió la totalidad del territorio con distintos tipos de bosque: el tropical húmedo, el tropical seco y el tropical nuboso. Hasta ahí llegaron, hace más de diez mil años, sus primeros habitantes; acorde con su condición de puente, unos provenían del Norte, de la zona que hoy conocemos como México, y otros estuvieron más relacionados con los habitantes del Sur del continente. En los actuales territorios de Guatemala, Belice, El Salvador, y parte de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, desarrollaron ciertos rasgos civilizatorios que hoy llamamos *mesoamericanos*, cuyas características iniciales fueron desarrolladas por los pueblos que habitaron los actuales Estados de Veracruz y Oaxaca, en México. Desde Costa Rica hacia el Sur, las influencias culturales ya no fueron las de Mesoamérica sino la de los pueblos chibchas, que compartían rasgos culturales con los pueblos de Panamá, Colombia y parte del Ecuador.

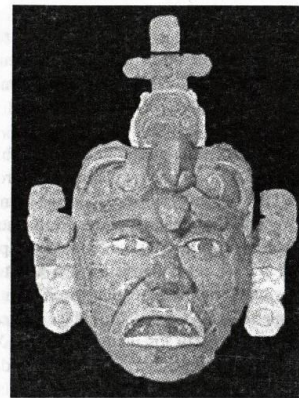
En el seno de la *civilización mesoamericana* florecieron algunas de las culturas más importantes de la América precolombina: los olmecas, los toltecas y los mayas, por ejemplo. Los mayas se asentaron y desarrollaron su cultura en lo que hoy son Guatemala, Belice y parte de El Salvador

y Honduras. Los logros culturales de estos pueblos continúan asombrando hoy en día: fueron grandes matemáticos, astrónomos y arquitectos, y tuvieron una visión de mundo que, proviniendo de su milenaria experiencia de agricultores, entendía que el ser humano es parte integrante del resto de la naturaleza

que les rodea. Todavía hoy en día es posible admirar, en medio de las selvas que aún sobreviven a la debacle depredadora, sus grandes centros ceremoniales como Tikal, Copán, Quiriguá o Kaminal Juyú.

En el Sur, mientras tanto, pueblos cazadores-recolectores vivían en el territorio de la actual Costa Rica organizados alrededor de cacicazgos en sociedades menos complejas que las del Norte, destacándose por sus hermosos trabajos de orfebrería en oro.

La llegada de los colonizadores europeos truncó, en el siglo XVI, el desarrollo de estos espacios civilizatorios. La civilización Occidental se impuso a sangre y fuego convirtiendo su cultura en la dominante en el área. Ahí en donde existían grandes núcleos de población indígena, como



es el caso de Guatemala, por ejemplo, el mestizaje cultural dio como resultado un tipo de cultura con rasgos que la diferencian de otras que, inscritas también ellas en el circuito de la civilización Occidental, eran ajenas a las culturas mesoamericanas.

Los europeos dieron inicio, también, a una importante mutación del paisaje natural. La introducción de la ganadería y de sembradíos extensivos como los del tinte de la cochinilla, la caña de azúcar, el tabaco y el cacao, en la zona costera del Pacífico, inició el despojo del manto vegetal que cubría la tierra. Esto se acentuó en el siglo XIX, después de la independencia de Centroamérica frente al imperio español, con la introducción de otros cultivos como el café y, ya en los inicios del siglo XX, del banano por compañías norteamericanas. A pesar de ello, hasta mediados del siglo XX Centroamérica poseía aún intacto alrededor del 75% de su cobertura boscosa.

Las riquezas que producía Centroamérica viajaron por barco atravesando el Océano Atlántico. A pesar de ello, el desarrollo de esta franja del continente americano se dio de espaldas a su costa atlántica. Las principales ciudades se construyeron ahí en donde el clima era más benigno, en las zonas montañosas, y los principales cultivos se asentaron en la costa del pacífico. Los indígenas fueron arrinconados en las tierras más escabrosas, en las montañas más escarpadas, mientras que la costa del atlántico fue ocupada por las compañías bananeras, o permaneció aislada del resto de la región. Dadas las características del cultivo del banano, se importó mano de obra de las islas del Caribe, especialmente de Jamaica, con lo que el Atlántico centroamericano se convirtió en una "zona negra" desde Belice hasta Costa Rica.

Todos estos cambios en el orden de lo étnico y lo cultural se dieron en el trascurso de más de quinientos años y fueron complejos y contradictorios. A pesar de ello y pecando de generalizar en demasía, podemos decir que se perfilan áreas culturales en las que, sobre la base de la cultura occidental dominante, *prevalecen* ciertos rasgos, valores y tradiciones distintas.

- 1) Por un lado, tenemos un área en la cual el componente cultural indígena mesoamericano tiene una fuerte presencia. Esta área cultural abarca los países que ya antes se mencionaron, pero es indudable que el caso paradigmático de este tipo de cultura es la que prevalece en Guatemala, en donde más de la mitad de la población es descendiente directa de los mayas históricos.
- 2) Por otra parte, tenemos un área claramente delimitada en la costa atlántica, que es decididamente caribeña. En Centroamérica, decir caribeño significa remitir a la cultura afroamericana. Ambas áreas culturales, la de influencia mesoamericana como la de influencia caribeña, son bilingües. En ambas, la lengua franca es el español, pero en la primera se habla un amplio número de idiomas vernáculos mayenses, mientras que en la segunda la lengua materna es el inglés.
- 3) Otra área cultural que puede delimitarse corresponde al Valle Central de Costa Rica, que se erige como identidad dominante de todo ese país. Es esta una cultura con menos influencias indígenas y negras. Se formó a partir de un territorio pobre y aislado en el período colonial en el que, precisamente por esas razones, no se presentaron las formas de explotación que prevalecieron

en el resto de Centroamérica. Esta cultura se reivindica a sí misma como "blanca" (aunque en la realidad no lo sea), heredera de una tradición iniciada por colonos españoles en el período colonial.

Como se puede observar, Centroamérica ha sido siempre plural desde el punto de vista cultural. La incursión europea en este territorio aportó nuevos elementos que dieron una base común a toda la región, la cual, además, se definió como tal a partir de las formas coloniales de administración. Como es sabido, las fronteras que demarcan actualmente a los países que sufrieron este tipo de dominación en el pasado se conformaron, en muy buena medida, a partir de las antiguas divisiones administrativas del orden colonial. Así, los grupos descendientes del tronco maya quedaron repartidos en varios países del área, sujetos a políticas gubernamentales distintas, muchas veces ignorando la existencia de sus congéneres del otro lado de la frontera.

Las identidades nacionales modernas se conformaron en Centroamérica, al igual que en el resto de países de América Latina, en el siglo XIX, a partir de un proceso consciente de construcción de las identidades nacionales. Las fuerzas sociales rectoras de este proceso fueron las oligarquías liberales que buscaban modernizar a los recién independizados y conformados países de Centroamérica. Desde el punto de vista económico, el proyecto liberal cambió las relaciones de producción, haciéndolas más parecidas a las de tipo capitalista. La introducción del cultivo del café, a partir de los años 40 del siglo XIX, fue muy importante en esta empresa; con él, Centroamérica se incorporó a la economía mundial.

Desde el punto de vista cultural, los liberales "inventaron" tradiciones nacionales distintas en cada país: mandaron

escribir himnos, identificaron héroes, levantaron estatuas y monumentos, crearon los prototipos humanos "típicos". Fue así como se establecieron, entre 1870 y los primeros años del siglo XX, identidades nacionales distintas que le dieron personalidad propia a las comunidades que habían quedado encerradas en las fronteras heredadas de la colonia. En otras palabras, nacieron los guatemaltecos, los salvadoreños, los hondureños, los nicaragüenses y los costarricenses, y cada una de estas nacionalidades se inventaron rasgos distintivos que los diferenciaban de sus congéneres del área. Así, en la identidad nacional de los guatemaltecos pervivió la idea que en su territorio había estado asentado el gobierno colonial y sus instituciones, por lo que se sintieron, de alguna forma, herederos de ciertos derechos de mando sobre el resto del territorio centroamericano. Los costarricenses, por su parte, no teniendo más que un pasado colonial pobre, desprovisto de épica y grandeza, se percibieron a sí mismos como pacíficos, democráticos, trabajadores y cultos.

Dos aspectos habría que relevar de este proceso:

- 1) La configuración de las culturas *nacionales* implicó la marginación o la destrucción de otras culturas que existían al interior de cada nación. La cultura de los indígenas de Guatemala, por ejemplo, a pesar de ser la de la mayoría de la población, continuó siendo marginal en relación con la cultura dominante; fue objeto de interés para antropólogos y folklorólogos. La de los miskitos en Nicaragua sobrevivió porque la población de la cual es expresión sobrevivía en zonas boscosas remotas en la zona atlántica del país.
- 2) Al construir el "nosotros" se fueron, paralelamente, perfilando los "otros". Este aspecto es importante para

apuntar un rasgo peculiar de la cultura dominante de nuestros países: su carácter esquizofrénico, escindido. Por un lado, se intentaba construir la cultura nacional con elementos propios que se creían encontrar, con frecuencia, en rasgos estereotipados de los sectores de la población que se desdeñaban y marginaban, como los indígenas o los campesinos. Pero, por otro lado, esa construcción de lo nacional se hacía teniendo como modelo la cultura de los sectores dominantes de los Estados Unidos de América o de los países centrales de Europa, especialmente Francia e Inglaterra. El argentino Domingo Faustino Sarmiento sintetizó este sentimiento con una frase lapidaria: "Seamos como Estados Unidos", dijo. Para dejar de ser bárbaros y pasar a ser civilizados, debíamos dejar de ser nosotros mismos, ser como otros. En la Argentina esta actitud llegó a concretarse en un verdadero genocidio en contra de las tribus indígenas habitantes de la pampa, pero este no fue, ni mucho menos, el único caso.

Paralelo a este proceso, en la costa atlántica se asentaron las compañías bananeras hacia finales del siglo XIX. Su economía y cultura fue de *enclave*. Esto significa que crearon un universo con escasas vinculaciones con el resto de los países del istmo, en el que poco valían las leyes de los estados nacionales. Estas compañías norteamericanas importaron mano de obra de las islas del Caribe, especialmente de Jamaica, con lo que el universo cultural bananero adquirió rasgos específicos, distintos a los de cualquier otra parte de los territorios nacionales. Mientras que la cultura oficial era católica y hablaba el español, en el enclave se era protestante y circulaba el inglés. Ubicadas en un espacio geográfico de difícil acceso, unidas, por lo general, solamente por el ferrocarril a las ciudades principales, la cultura de

enclave desarrolló su propio patrón de asentamiento urbano, sus festividades, su relación con el entorno, etc. Ese mismo aislamiento permitió que la cultura afrocaribeña de Centroamérica tuviera su propio espacio que pervive hasta nuestros días.

Como se puede ver por lo expuesto hasta ahora, la cultura de este territorio estrecho y largo que hoy conocemos como Centroamérica se fue perfilando como un universo multiforme, lleno de expresiones diversas que conviven contradictoriamente. Sus distintos componentes tienen orígenes diversos, y se han ido asentando y desarrollando en este territorio en diferentes momentos históricos. Esta región ha sido visitada desde hace miles de años por los más diversos pueblos. Primero, los distintos grupos de indígenas; luego, los españoles y, con ellos, los africanos que llegaron como esclavos; más tarde se hicieron presentes los ingleses, que intentaban disputarle la hegemonía en la región a los norteamericanos, los cuales, a su vez, especialmente después de la década del cincuenta del siglo XX, han tenido una posición de primer orden.

El Estado liberal entró en crisis en la década del treinta del siglo XX, y sus contradicciones tendieron a resolverse con la constitución de nuevos tipos de Estado en toda la región. Estos, respondieron, en buena medida, a la herencia histórica de cada uno de los países. *Grosso modo*, podemos decir que, a partir de los años cincuenta, se perfilaron tres campos culturales distintos en la región: el que prevaleció en el llamado "Triángulo Norte" centroamericano, que comprende a Guatemala, El Salvador y Honduras, el que se desarrolló en Nicaragua y el campo cultural costarricense. Cada uno de estos campos culturales tuvo sus propias características.

El campo cultural del *Triángulo Norte* centroamericano se caracterizó por una aguda confrontación entre proyectos culturales que se entendieron como *excluyentes* entre sí.

El campo cultural nicaragüense se vio intensamente marcado por la experiencia de diez años de Revolución Sandinista, la cual intentó construir una cultura popular, democrática, revolucionaria y antiimperialista, apoyándose en tradiciones que habían estado marginadas ("soterradas" le llamaron ellos) hasta la década del 80.

Costa Rica, por su parte, construyó un campo cultural basado en el consenso, en el marco de un proyecto hegemónico altamente institucionalizado.

En el caso del Triángulo Norte, Guatemala es el caso paradigmático. La existencia de un Estado autoritario, con fuerte predominio del control militar, culturalmente racista frente a la población indígena, desembocó en una guerra que enfrentó al país por más de treinta años, entre 1962 y 1996. El enfrentamiento se dio entre dos proyectos de sociedad, uno popular, que buscaba tomar el poder del Estado por la vía armada, y otro que defendía el orden establecido. En este contexto de guerra, el sector más golpeado desde todo punto de vista y, también desde el cultural, fue el indígena. El ejército guatemalteco entendió su cultura como aspecto que daba origen a la resistencia en el marco del proyecto popular alternativo, y la transformó, por lo tanto, en objetivo de guerra. Se buscó, por lo tanto, desarticularla, atacando los pivotes que daban continuidad a la identidad. Mencionaré algunas tácticas de guerra que tuvieron serias implicaciones culturales:

1) Como es sabido, las comunidades indígenas tienen un fuerte vínculo con la tierra y con sus antepasados. Los referentes topográficos forman parte de su cosmogonía, y los antepasados continúan presentes en la vida de la comunidad después de muertos; los sitios en donde son enterrados constituyen lugares de culto que son referentes de primer orden en los principales rituales que dan continuidad a la vida de la comunidad. En ese sentido, el ejército guatemalteco provocó, como táctica de guerra, el desplazamiento de grandes contingentes de población, ubicándolos, a muchos de ellos, en verdaderos campos de concentración llamados *aldeas modelo* o los obligó a migrar. La pérdida de contacto con los referentes físicos buscaba, desde el punto de vista cultural, debilitar y, de ser posible, desarticular esas dimensiones de la cultura que colaboraban en la cohesión del grupo. Podemos mencionar, como ejemplo, el caso de la etnia maya-kekchí, que tiene como una de sus principales deidades al dios Cerro-Valle (el Tzúltak'a), objeto central del culto que da inicio a la siembra del maíz. La movilización de grupos kekchíes hacia las tierras bajas de Belice, país limítrofe con Guatemala, provocó la suspensión del culto porque en ese sitio no hay lomas, montes ni montañas. El antropólogo Carlos Rafael Cabarrús tiene un interesante libro, *La cosmovisión kekchí en proceso de cambio*, en el que hace amplia y profunda referencia a esta situación.

2) La creación de las aldeas modelo trajo otras consecuencias. Los diferentes grupos étnicos, aunque provienen todos ellos del tronco común maya, tienen diferencias entre sí en lo referente a las variantes idiomáticas, tradiciones específicas y referentes específicos

de vida. Las aldeas modelo pusieron especial atención en *mezclar* personas provenientes de diversos grupos étnicos con el fin de lograr lo que la Revista del Ejército de Guatemala, en un artículo publicado en el año 1985, llamó la necesidad de integrar a los indígenas al “modo de ser guatemalteco”, que no es más que la cultura dominante no indígena.

Esta guerra, que tuvo su período de mayor intensidad entre 1975 y 1987, llevó a la muerte a aproximadamente 200.000 civiles indígenas, destruyó 440 poblados y movió de sus lugares de residencia a aproximadamente 1.2 millones de personas. Más de 54 personas se dan por desaparecidas o muertas en bombardeos. De un total de 2.5 millones de indígenas en las zonas de guerra, hacia finales de 1983 quedaban 1.3 millones.

Lo expuesto hasta ahora da una idea de las implicaciones negativas, en el orden de la cultura, tuvo esta situación. Sin embargo también tuvo otras, que después asociaré a algunas tendencias globales de la época contemporánea, pero que quiero dejar apuntadas aquí. Seguramente la principal fue la toma de conciencia, por parte de amplios sectores de la población indígena, de que no solamente constituyen un grupo social con una cultura distinta, sino que tienen congéneres más allá de las fronteras del Estado nacional guatemalteco, y de que tienen derechos que pueden y deben reivindicar. De acá, entonces, que en la Guatemala de hoy encontremos a estos sectores actuando



con voz propia, de manera muy beligerante, en pos de la defensa de sus derechos, entre los cuales, de manera muy particular, está el de la defensa de su propia cultura.

Seguramente el caso nicaragüense es más conocido por los acá presentes. La Revolución Sandinista puso fin, en 1979, a más de cuarenta años de dictadura de la familia Somoza e inició un proceso de transformación social que buscaba dar el poder efectivo a los grupos sociales que tradicionalmente estuvieron marginados de su ejercicio. Seguramente que, en los términos más generales, el hecho cultural más relevante fue *el proceso mismo*, es decir, la Revolución. Veamos algunas razones para afirmar esto:

- 1) En la insurrección popular muchos valores fueron *re-funcionalizados*, inscribiéndose en una cultura a la que se llamó *liberadora* en la medida en que *ya no reproducía* la cultura y la ideología dominante.
- 2) Por otra parte, la sensación y la actitud de *ruptura con la cultura hasta entonces heredada*, en un pueblo sometido y reprimido, derivó directamente del hecho de que amplios sectores sociales fueron verdaderos protagonistas de los hechos. Sergio Ramírez Mercado, escritor y, en ese momento, Vice-presidente de Nicaragua, se refirió a este aspecto diciendo que en Nicaragua estaba surgiendo “... una nueva voluntad (...) (que había estado) dispersa y soterrada (...) que empezó a definirse y perfilarse en otras décadas, pero que sólo la Revolución hizo posible organizar, armarla de sus instrumentos de acción”.

La política cultural de la Revolución requería, según **nos** gestores, un nuevo concepto y práctica de la cultura,

que debía respaldar a la Revolución Popular Sandinista. De ahí que Ernesto Cardenal, por entonces Ministro de Cultura, definiera que tal política, al igual que la Revolución, debía ser revolucionaria, popular, nacional y antiimperialista.

- 1) *Revolucionaria* porque debía transformar la herencia del pasado y multiplicar las posibilidades de la cultura popular;
- 2) *Popular* porque a) el pueblo debía participar en su elaboración, a través de sus organizaciones de masas; b) por sus contenidos, porque debía ser inspirada y producto de los sectores anteriormente marginados: los campesinos, los obreros, los pobres de la ciudad y del campo y c) por su difusión masiva a través de los medios de comunicación, de talleres, de festivales y programas de diseminación cultural.
- 3) *Antiimperialista y nacional*, en la medida en que buscaba apoyarse en los valores nacionales que se consideraban históricamente violentados por la injerencia de diversas potencias extranjeras. Aquí, el objetivo básico era la conquista de una nueva identidad cultural.

Como se sabe, este proceso se vio cortado a partir de 1990, pero sus huellas han sido profundas en la cultura de la actual Nicaragua.

El tercer campo cultural que nos hemos propuesto analizar es el de Costa Rica. Como ya hemos mencionado con anterioridad, este país posee algunas características relevantes que le diferencian del resto de países centroamericanos. No es este el lugar en el que podemos entrar a analizar en profundidad las causas de esta diferencia, pero baste,

para la ocasión, la mención al hecho que estas tienen que ver con factores históricos entre los cuales sobresalen aquellos a los que ya hicimos mención anteriormente, además del hecho que en este país nunca logró consolidarse un ejército lo suficientemente fuerte como para que tuviera la participación protagónica que sí tuvo en el resto de países de la región. Esta característica posibilitó la construcción de un estado de derecho que basa su legitimidad en mecanismos de corte democrático. Esta situación se ha constituido en un hecho cultural, en la medida en que desde el Estado, a través del sistema de educación y otros mecanismos ideológicos, la democracia se ha constituido en un valor. Dada esta situación, el Estado ha jugado un papel fundamental en el perfilamiento de la identidad cultural de los costarricenses, dada la legitimidad de la cual goza entre amplios sectores de la población. Por esta razón, Costa Rica es, con toda seguridad, el país que ha logrado consolidar con mayor éxito una identidad nacional homogénea en la región. Esto quiere decir que, a diferencia de Guatemala, por ejemplo, en donde amplios sectores de la población se sienten marginados de la cultura nacional, en Costa Rica existe un proyecto nacional de cultura que cuenta con un amplio consenso. Lo anterior no significa que no existan expresiones culturales distintas que las del proyecto hegemónico, pero estas no tienen el nivel de antagonismo que tiene el caso guatemalteco. Entre estas podemos mencionar la cultura afrocaribeña de la zona atlántica del país, y la cultura de los grupos indígenas.

La segunda mitad del siglo XX constituye el momento histórico en que el Estado costarricense asume *explícitamente* la formulación de políticas culturales. Podríamos dividir este período en dos grandes etapas:

- 1) Aquella en la cual el Estado de tipo benefactor se aboca a crear las principales instituciones dedicadas a la cultura, las cuales impulsaron tres tipos de políticas: de mecenazgo, de difusión y de promoción. En este período se creó el Ministerio de Cultura, la Editorial Costa Rica (la más grande del país), la Compañía Nacional de Teatro, la Compañía Nacional de Danza, se reorganizó la Orquesta Sinfónica Nacional, etc. Estas políticas fueron impulsadas principalmente por grupos de intelectuales socialdemócratas que entendieron a la cultura como sinónimo de arte. Podemos decir que esta etapa va de 1940 a finales de la década del setenta.
- 2) En la década de 1980 se dan dos tendencias claramente definidas: la primera es aquella que emana del estado mismo el cual, bajo la influencia de la UNESCO, amplía su noción de cultura y pasa a entenderla desde una perspectiva antropológica. Esto significa que ya no sólo se considerarán cultura a las expresiones artísticas sino, en general, a todas aquellas manifestaciones que proporcionan *identidad* a algún grupo social. Esto implicó la ampliación de la esfera de acción del Estado, el cual se orientó también hacia la promoción de las expresiones identitarias de sectores populares.

Pero, por otra parte, en esta década empieza a manifestarse con fuerza otra tendencia muy importante, que ha ido ganando cada vez más terreno hasta nuestros días: la del traslado de las responsabilidades que antes asumía el Estado hacia la iniciativa privada. En este sentido, han sido dos las principales consecuencias: por un lado, la creciente participación de la empresa privada en actividades de promoción y

difusión de la cultura y, por otro, el del nacimiento y creciente fortalecimiento de iniciativas desde la sociedad civil. En lo referente a la primera tendencia, la empresa privada ha patrocinado, en los últimos 15 años, las principales muestras de artes visuales del país, así como festivales de música. En lo que atañe a la sociedad civil, esta tiene algunas características distintivas: primero, que tiene un interés regional, es decir, que ve más allá de las fronteras de Costa Rica, interesándose por las expresiones culturales de otros países de Centroamérica; segundo, que cuentan con escaso financiamiento, el cual es proporcionado principalmente por agencias internacionales europeas, especialmente españolas y holandesas; tercero, que tiene una cada vez mayor influencia en la formulación de políticas culturales del Estado. Este aspecto alcanza su cenit en el año 2002, cuando el Ministerio de Cultura convoca a estos grupos para que colaboren con él en planificación de las políticas culturales en el futuro.

Como consecuencia de todo lo anteriormente expuesto, seguramente podrá entenderse con más claridad que la globalización incide de manera distinta tanto en cada uno de los países, como en los diferentes grupos sociales que conforman la sociedad centroamericana. Quisiera mencionar, sin embargo, aspectos que pueden abordarse de manera general para toda la región.

En primer lugar, se debe hacer mención de una situación que nunca es abordada cuando se trata el tema de cultura en Centroamérica: el de las migraciones. Estas han sido constantes y masivas, especialmente a partir de la década de 1980, y han respondido a causas distintas pero, todas, han tenido profundas repercusiones en el orden de la cultura. En términos generales, podemos decir que, en la segunda

mitad del siglo XX, ha habido en Centroamérica dos causas fundamentales para las migraciones: políticas y económicas.

Las migraciones políticas alcanzaron su apogeo en la década de los ochenta, conocida también como "la década de la guerra". En este período, amplios contingentes de población se vieron obligados a abandonar sus lugares de residencia para evitar los estragos de la guerra. Guatemaltecos partieron en masa sobre todo hacia México, pero también se asentaron en otros países de Centroamérica y los Estados Unidos de América. Lo mismo pasó con salvadoreños y nicaragüenses. Estos últimos protagonizaron una verdadera avalancha hacia Costa Rica y Honduras. Deben mencionarse, también, las migraciones de fuera de Centroamérica hacia esta, especialmente de sudamericanos (chilenos, argentinos y uruguayos) hacia Costa Rica en la década de los setenta, cuando los distintos regímenes dictatoriales del Cono Sur obligaron a miles de ellos a abandonar sus países de origen.

Los movimientos de población debidos a razones económicas han sido una constante de la región, aunque se han incrementado a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta. En términos generales, los Estados Unidos de América es el destino por excelencia de este tipo de migración, aunque en el caso de los nicaragüenses prefieren moverse hacia Costa Rica. Las dimensiones que ha alcanzado la presencia de centroamericanos en los Estados Unidos puede calibrarse con el ejemplo de El Salvador, el cual tiene a las remesas enviadas por sus ciudadanos desde ese país como el primer rubro de ingresos de divisas de su economía.

Como ya indicamos, las migraciones han provocado importantes cambios en el orden de la cultura. Las

migraciones políticas provocaron profundos cambios en las poblaciones de indígenas de Guatemala que se asentaron en el estado sureño de Chiapas, en México. Estos cambios van desde la modificación de los diseños de sus trajes ancestrales, hasta la toma de conciencia que, al otro lado de la frontera de Guatemala, existían pueblos con los que tenían antepasados comunes provenientes del tronco maya. Este encuentro se combinó con esa característica de la globalización contemporánea que es la del ascenso de los movimientos reivindicatorios de las diferencias étnicas y nacionales, por lo que desembocó, en nuestros días, en un creciente movimiento indígena que, aunque no totalmente unificado pues existen en él distintas tendencias y niveles, tiene cada vez más presencia en Guatemala, exigiendo el respeto a la diversidad cultural y al plurilingüismo del país. No debe omitirse mencionar también, este caso específico, la influencia inversa ejercida por los indígenas guatemaltecos en Chiapas. Provenientes de un medio en el que existían altas cotas de politización, dieron pie para que se gestaran condiciones que hoy han desembocado en el llamado Movimiento Zapatista que, como todos saben, también tienen a la cultura como una de sus reivindicaciones principales.

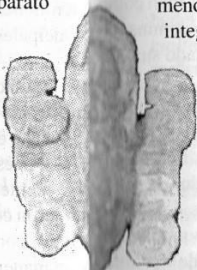
Así como el caso guatemalteco, podrían mencionarse más casos concretos, como la de los nicaragüenses en Honduras y Costa Rica, o la de los salvadoreños en este último país. A pesar que estas migraciones fueron provocadas por los acontecimientos terriblemente dolorosos de la guerra, tuvieron como positivo que posibilitó, en alguna medida, el mutuo conocimiento de costumbres y tradiciones que, de otra manera, habrían permanecido ignoradas, dado el grado de balcanización en la que se encuentran estos países.

Pero han sido las migraciones económicas las que han provocado los cambios más sostenidos en los últimos veinte años. Estos cambios no se dan tanto en el territorio centroamericano, como en los centroamericanos que viven en los Estados Unidos de América. Se podría decir que se trata de expresiones de la cultura centroamericana en tierras del Norte, expresiones que sufren profundas variaciones en el nuevo contexto en el que florecen. Dado lo limitado del tiempo asignado para nuestra exposición, baste sólo con mencionar estos hechos y procesos, sin que entremos a profundizar en ellos.

Otro aspecto que afecta de manera general a la región, independientemente del país de que se trate, es el de la creciente presencia e influencia de los medios de comunicación los cuales constituyen, como todos lo saben, uno de los principales canales a través de los cuales se hace presente la globalización cultural en nuestros días. Centroamérica es una región en la que los aparatos de radio y televisión tienen amplia difusión. Daré algunos datos del caso costarricense solamente para ejemplificar. En este país, el 95% de los hogares poseen por lo menos un aparato de televisión, 90% de los cuales son a color, y el 98% tiene por lo menos un aparato de radio; el 87% posee aparatos de reproducción como la videograbadora. En este país los jóvenes entre 14 y 25 años ven un promedio de cuatro horas diarias de televisión, un poco más de la media del resto de Centroamérica, que es de tres horas. La programación a la que se encuentran expuestos estos jóvenes es en un 88% importada de los Estados Unidos de América. Otras fuentes de la programación son programas elaborados en otros países de América Latina, especialmente Brasil, México y

Colombia, quienes son productores de telenovelas, género al que especialmente afectó el género femenino. Estudios realizados informan que los jóvenes y adolescentes pasan más tiempo a la semana frente al televisor que en la escuela y con los padres. Los medios de comunicación han influido en los hábitos de estos televidentes. En países con altos índices de pobreza (22% de la población en Costa Rica, más del 60% en Nicaragua y similares tasas en Guatemala) los hábitos sedentarios asociados a la TV han llevado a la aparición de enfermedades como la obesidad. A través de estos medios los jóvenes se encuentran expuestos a patrones de conducta y de lenguaje que afecta su comportamiento en esos rubros. En este sentido, tengo plena conciencia que no me estoy refiriendo a fenómenos que sean exclusivos de la población centroamericana, sino que suceden en nuestros días en todo el mundo. Se trata, por lo tanto, de algo conocido por los acá presentes.

Quisiera cerrar esta intervención haciendo mención a otro fenómeno que seguramente afectará el perfil cultural de los pueblos centroamericanos en el futuro más o menos cercano. Se trata de los distintos procesos de integración que se impulsan. Estos son, básicamente, tres. Por un lado, está el Sistema de Integración Centroamericana (SICA), que pretende unificar económicamente a la región. En este proyecto, la dimensión cultural se reduce a promover intercambios de distintas expresiones culturales y folklóricas entre los distintos países de la región. Por otra parte, está la propuesta norteamericana de la zona de libre comercio para las Américas (ALCA), que se pretende que funcione para todo el continente en el año 2005. Como lo indica la experiencia mexicana en



la zona de libre comercio de América del Norte, de la que forman parte junto a los Estados Unidos y Canadá, la avasallante presencia de las compañías norteamericanas afectan profundamente a los agricultores y trabajadores mexicanos, lo que acarrea el abandono de formas tradicionales de cultura asociadas a prácticas que no resisten el embate de la economía subvencionada de los Estados Unidos. En este sentido, por lo tanto, las perspectivas no son muy halagüeñas. Por último, está la propuesta mexicana llamada Plan Puebla Panamá, que es, en buena medida, un plan subsidiario de la zona de libre comercio de la América del Norte. Este pretende crear un espacio único que integre a los estados del Sur de México, a los cinco países centroamericanos (incluyendo a Belice y Panamá). La retórica promocional del Plan hace alusión al espacio cultural mesoamericano (del cual he hecho mención al inicio de esta intervención), con el fin de mostrar la necesidad de que exista “unión entre iguales”. Este Plan contempla, por lo menos en sus planteamientos en el papel, el respeto de la pluralidad cultural de la región, lo cual es sumamente importante para los mexicanos, dado el conflicto zapatista que continúa vigente en Chiapas. Estos, sin embargo, han denunciado el Plan como una estrategia que busca dar respuesta, desde lo dominante, a la explosiva situación que se vive en este Estado sureño.

Como se puede apreciar, la dinámica de la cultura en la región centroamericana tiene múltiples dimensiones que se encuentran marcadas por su situación geográfica, su pasado histórico, su cercanía con los Estados Unidos de América y su condición de países pequeños y pobres. Lo que he alcanzado a presentarles, en esta ocasión, no son más que lo que considero son las líneas más generales de esa dinámica, con el objetivo que se tenga una visión aproximada de lo que sucede en esas tierras tropicales de las que procedo.